

CALVO SERRALLER, Francisco: *Encarnación*. Texto del catálogo de la exposición en la galería Estampa, Madrid, 2015

Encarnación

FRANCISCO CALVO SERRALLER

Recuerdo vívamente el impacto que me produjo mi primera visión de la obra de Juan Carlos Lázaro, porque parecía hecha por completo al margen de nuestro bullicioso mundo, que es más, por supuesto, que los requerimientos del mercado artístico actual, de suyo atronador con su especulativa revolución permanente.

Frente a esta última, lo revolucionario de la pintura de Juan Carlos Lázaro ha sido y es su afán de permanencia, que se dirime, no en llamar circunstancialmente la atención dentro de las locuras del día, sino tratando de conjurar el paso del tiempo y abriéndose de esta manera un hueco en lo intemporal. En este sentido, es pertinente que Lázaro tomase como punto de partida el bodegón, donde lo orgánico se mineraliza en su vocación de eternidad, que es la de dar una mayor consistencia durable a lo perecedero. Porque, en última instancia, ¿qué es el arte sino esta metamorfosis en pos de la inmortalidad, alargando en la medida de lo posible la fecha de la caducidad?

Pero, dejando de lado esta urgente especulación, voy a centrarme en los bodegones de Juan Carlos Lázaro, en los que confluyen diversas raíces, que sumariamente trataré de desentrañar. En primer lugar, está la que da sentido al género mismo, el históricamente descrito como “copiar del natural inerte”, aplicado a un modelo vivo –orgánico- en estado de perfecta quietud para poder precisar mejor sus cualidades y detalles, resolviéndose su enigma con la ecuación de cuánto mayor fuera la animación del modelo, más discreta debería ser la acción del pintor y viceversa; esto es: cuánto mayor fuera su quietud, mayor debería ser la animación del pintor. Este último es el caso de nuestro pintor, aunque graduando empecinadamente su discreción hasta el límite.

Los dos filtros que se ha impuesto Juan Carlos Lázaro para atemperar su necesaria animación de lo inerte han sido la *atomización* y la *fantasmagoría*; es decir: por un lado, la pulverización del dibujo al modo de Seurat, un encaje de bolillos de lo soñado; por otro, un sentido de la *gravedad*, por la que las cosas adquieren, no sólo forma, sino peso, aunque, en este caso, Lázaro lo dota con el temblor del tiempo, convirtiendo los objetos en algo espectral, al modo de Morandi.

Sobre esta base de lo intangible, la pugna de Lázaro ha consistido en cómo insuflar *viveza* – consistencia- a esta fantasmagoría en el umbral de lo visible y, según sus últimas obras, ahora me percató, se ha apoyado dramáticamente en el color, en la encarnación. Este es su

maravilloso postrer desafío, cuyo resultado no deja de ser sino un hacer más luminosamente cálida la capa de brocado que recubre el silencio, el alma de la pintura. Es, en definitiva, el milagro, nunca mejor dicho, de la resurrección de Lázaro: volver a la vida la naturaleza muerta, el misterio pictórico de la encarnación.